LITORALPRESS

Fecha: 13-04-2024
Medio: El Mercurio
Supl. : El Mercurio - Sábado
Tipo: Noticia general
Título: **JOSÉ GOÑI EN SU PROPIA ISLA**

Pág. : 3
Cm2: 385,3

Tiraje: 126.654
Lectoría: 320.543
Favorabilidad: No Definida

"Neruda nunca se equivocó en los lugares en que él decidió vivir y estando acá uno lo ratifica. Muy sabio fue el poeta", dice José Goñi sobre por qué decidió instalarse en Isla Negra.

José Goñi EN SU PROPIA ISLA

Con una vida social y política intensa —fue cuatro veces embajador y también ministro de Defensa de Michelle Bachelet—, hoy José Goñi vive una vida distinta. Hace cuatro años decidió recluirse solo en Isla Negra desde donde viene a Santiago solo para sus controles médicos por una leucemia crónica. Y es en esta soledad en que pudo darle por fin forma a "Gabriela, su difícil camino al Nobel", libro que relata la travesía de la poeta desde que se enteró de que había ganado el premio, hasta que deja Suecia. Mistral se transformó en su obsesión.

POR **ESTELA CÁBEZAS.** FOTO: **SERGIO ALFONSO LOPEZ.**

Diez años de escritura. Eso es lo que le tomó al exembajador y exministro de Defensa José Goñi (76) el libro "Gabriela, su difícil camino al Nobel" y que lanzará en mayo próximo, el cual retrata los casi dos meses que pasaron desde que la poeta se enteró de que había ganado el Premio Nobel hasta que dejó Estocolmo días después de haberlo recibido. Un trabajo al que le puso toda su energía y su alma, dice, y que en los últimos cinco años escribió en total soledad en su casa en Isla Negra, donde se retiró de la vida pública en 2018 tras terminar su segundo período como embajador en Suecia.

—Podría haber sido otro lugar en la costa, pero Isla Negra y la presencia de Neruda le da un plus enorme para decidirse por estos rincones. Neruda nunca se equivocó en los lugares en que él decidió vivir y estando acá uno lo ratifica. Muy sabio fue el poeta —dice Goñi sobre por qué decidió instalarse en este balneario.

Su casa, un espacio de tres pisos, al borde de un acantilado, desde donde se ve un agitado mar, es un refugio, cuenta, donde recibe a amigos, pero no tantos tampoco, porque tras una vida como embajador en países como Italia, México, Suecia y Estados Unidos, y dos años como ministro de Defensa de Michelle Bachelet, atesora el estar tranquilo.

—Ya hice lo suficiente, en términos de la vida social que uno puede tener en la vida, ya cumplí la cuota. Y vivir acá es un lujo personal que, por suerte, me puedo dar.

> "Ya hice lo suficiente, en términos de la vida social que uno puede tener en la vida, ya cumplí la cuota. Y vivir acá es un lujo personal que, por suerte, me puedo dar", dice.

José Goñi se queda en silencio y mira a su alrededor. En el living tiene cuadros de Roberto Matta y una escultura de Pablo Neruda igual a la que él inauguró en Italia cuando fue embajador, también muchos libros en inglés, español y sueco; decenas de fotografías en distintas partes del mundo y con políticos como Ricardo Lagos y Barack Obama e incluso escritores como Gabriel García Márquez. Un sinfín de objetos, todos recuerdos de sus viajes, adornan cada espacio del lugar.

—Mira tú misma quiénes son mis compañeros acá: el ruido del mar y de los pájaros. Mira lo que es despertarse y acostarse con esto —dice y vuelve a quedarse en silencio.

Actualmente, tiene familia en Suecia: una hija y dos nietos. A ellos los ve cuando viajan a verlo, o cuando se encuentran en alguna parte del mundo. En junio próximo será el turno de Italia.

—Quisiera que ellos estuvieran acá y así verlos más a menudo, pero no es posible.

Lo único complicado de vivir aquí en Isla Negra, cuenta, es el acceso a la salud. Cada vez que necesita ir a un control tiene que ir a Santiago. La situación es una molestia para él, porque le toca hacerlo seguido: José Goñi vive con una leucemia crónica y un linfoma desde hace trece años.

—Trato de hacer una vida normal, aunque estoy más débil y me canso más. La decisión de venirme a la costa es anterior a mis problemas de salud, pero no cabe duda que ayuda mucho esta tranquilidad. .

José Goñi dice que la suya es una enfermedad muy sutil, que simplemente un día empezó a sentirse más cansado, eran los tiempos en que todavía iba a trabajar en bicicleta.

—Como soy medio bruto, dije, 'ah no, estoy en mal estado físico', y empecé a dar vueltas más largas en la bicicleta para mejorar, pero no pasaba nada. Un día fui a un control anual. El médico vio mis resultados, y me dijo: '¿Usted qué hace aquí? Tiene que estar hospitalizado, váyase inmediatamente'". Me mandó a hacer muchos exámenes. Así que me fui a la Clínica Santa María y me internaron altiro.

Se trató con quimioterapia hasta que dejó de hacer efecto. Hoy toma un medicamento que cuesta seis millones de pesos al mes, pero que, por suerte, primero lo cubrió la isapre —demanda por medio— y después llegó al AUGE.

José Goñi cuenta que cambió la política por ser activo en su comunidad: trabaja junto a la junta de vecinos en temas de seguridad, también evitando que se hagan construcciones que puedan dañar el medio ambiente del balneario. Además, se le da conversar con personas mayores, enfermas, que llegan a la junta de vecinos a decir que el sistema de salud no les sirve, porque no los atienden.

—El sistema público está colapsado. Por eso me preocupa el tema de las isapres, es un sistema malo, pero la opción no es deshacerse de ellas y que se sumen dos millones y medio de personas más como carga del Estado —reflexiona.

José Goñi estudio en el Liceo 1 de Concepción y entró a estudiar Economía a la Universidad Católica. Mirista, sin cargo dentro de la cúpula, en 1973 se vino a Santiago. Ese año, tras el golpe pasó a la clandestinidad, "con chapa y todo", y, a fines de 1974, cuando la dictadura estaba desmantelando al MIR (Movimiento de Izquierda revolucionario), decidió salir al exilio. Se fue a Suecia con su polola sueca, quien luego se transformó en su esposa. Allá comenzó a trabajar barriendo pisos y también repartiendo diarios, pero pronto se empleó como académico en la Universidad de Estocolmo, y comenzó su carrera como académico. Desde ese mundo estuvo a cargo de varios proyectos en África, también en Cuba, Venezuela, Costa Rica y Nicaragua, entre otros.

En 1989 volvió a Chile, pero "al final fue de pasada", porque a los pocos meses se fue a crear la oficina comercial de Chile para los países nórdicos en Estocolmo.

En 1997 volvió a Suecia como embajador, luego en 2000 llegó a ejercer el mismo cargo en Italia, donde, dice, se entusiasmó con Pablo Neruda. Eso no fue casual, dice.

—Cuando llegué a ese país, me senté en un café y tomé el diario La República y venía con el suplemento cultural que traía todas las actividades que se podían hacer ese fin de semana. Y era un mamotreto gordo. Entonces, pensé, qué difícil que un país se pueda destacar entre tanta oferta. Fue así que se me ocurrió que una posibilidad era hacer conocido a Chile a través de Pablo Neruda.

Hizo muchas actividades, y una de las más destacadas fue la novela *Pablo y Matilde en la patria del rocinro*, su primera novela —que fue bien tratada por la crítica— y que recrea la vida de Pablo Neruda y Matilde Urrutia en Italia en el tiempo que ambos vivieron allá. Hizo un trabajo de hormiga buscando a los amigos del poeta que aún vivían y también la imprenta donde hizo sus libros. Un impulso similar fue el que vivió en Suecia en 2014, cuando Bachelet lo volvió a nombrar embajador en ese país. Ante la misma pregunta, su respuesta fue Gabriela Mistral y su Premio Nobel.

—El tema de Gabriela Mistral con el Nobel es apasionante, se lo dan en una época decisiva de la historia. Había terminado la Segunda Guerra Mundial. Me pregunté cómo le dieron el premio y cuáles fueron las circunstancias. Yo tenía ahí mismo todos los archivos, así es que me puse a investigar sobre el comité de cinco personas que eligen el Premio Nobel, quiénes eran y toda la época histórica. Qué estaba pasando en Suecia.

Entre las cosas que descubrió en los archivos con las sesiones del comité es que Gabriela Mistral había sido postulada en 1939 por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, a sugerencia del gobierno de Pedro Aguirre Cerda, quien fue su gran protector y amigo. A él se lo había sugerido, cuenta Goñi, una escritora ecuatoriana que le escribe al entonces presidente. Desde ese año la poeta comienza a aparecer en las listas cortas de los seleccionados, las que el jurado del Nobel generaba a pesar de no estar entregando el premio, por causa de la Segunda Guerra. Cada año, explica el exembajador, en Suecia y en el mundo se comienza a conocer más de su poesía y "así fue haciéndose más posible que le dieran el premio. Ya en 1944, cuando el desarrollo del conflicto se invierte, se retoma. Y ahí es que ella aparece con fuerza".

Desempolvar los archivos donde estaban contenidos las conversaciones que se dieron en las comisiones, las discusiones, fue parte del trabajo. El año en que ella se ganó el premio sus competidores eran grandes escritores: estaban Hermann Hesse, T.S. Elliot, Georges Duhamel, André Gide y Paul Valéry.

—Era tan potente la lista, que muchos de ellos fueron premios Nobel en los años siguientes: Hesse, el 46; Gide, el 47, y Elliot, el 48. ¡Imagínate los competidores que tuvo!".

—Según las actas, ¿qué se le valoró a Mistral por sobre los otros?

—La calidad, la dulzura y la limpieza de su poesía. La calidez de los temas, porque hablaba de temas de la gente. Hubo jurados que la contrapusieron con Valéry, porque hubo partidarios de ambos en la recta final, y que lo criticaron a él diciendo que era un poeta elitista. Y, por el contrario, que Mistral era una poeta de acceso, entendible y que, además, hablaba del idealismo. Y eso es muy importante en el legado de Nobel. El creador de este premio dijo expresamente que debía entregarse a autores que desarrollen el idealismo.

Gabriela Mistral estuvo 28 días en Suecia y en este libro, una crónica literaria como el autor lo define, Goñi relata todas las dificultades que tuvo que vivir la poeta para llegar a Estocolmo.

—Ella se entera por la radio que había ganado el premio. Estaba en Brasil como cónsul, entonces decide viajar a Suecia, imagínate, de Río a Gotemburgo, de Gotemburgo a Estocolmo, tiene que llegar antes del 9 de diciembre, porque el 10 es la entrega. La llegada está presupuestada para el 2, más o menos, de diciembre. Pero primero se produce atraso por el clima en el buque, temporales, tempestades, que le generan muchos problemas en el viaje. Además, la guerra había recién terminado tres meses atrás, y habían quedado bombas en el mar, que se habían ido soltando de sus ligazones, que andaban dando vueltas. Entonces, además entran en una zona donde hay bombas. Además, ella se encuentra con una secta nazi, pasa también que su secretaria es un ser muy oscuro y se enfrenta al robo de una parte del dinero del Premio Nobel de Gabriela, que ella misma denuncia, y de su puño y letra está en la novela, cuando cuenta ella que le han robado, y cuenta quién lo hizo. Hay un *thriller* entre medio también.

—¿Cuál fue la actitud de Mistral frente al premio?

—Ella era muy humilde, pero al mismo tiempo muy enojona. Se nota que tenía mucho carácter. Era peleadora, se enfrentaba con mucha gente, pero al mismo tiempo ella recoge el premio con una tremenda humildad. Hay una frase que yo pongo en el libro, dirigida a Dios, que lo refleja: ¿cómo me das este gran regalo? Ella era cristiana más que católica. Y desarrolló un misticismo muy profundo, a partir de crisis religiosas muy fuertes. Incluso ella reconoce en algún momento que tuvo períodos de atea. Cuando muere la madre de Gabriela Mistral en los años 20, ella entra en una crisis mística con Dios, "como echándole la culpa a Dios, aunque no lo dice así". Esto la aleja del catolicismo y la acerca a las pensamientos orientales.

—Finalmente, ella se autodefine como una cristiana que tiene su base en la Biblia, pero con influencias asiáticas muy fuertes.

—En el libro, ¿qué faceta de Gabriela intenta retratar?

—Trato de reflejar una Gabriela en la diversidad de su temática, no solo fue poeta o educadora, fue una gran luchadora de las grandes causas. Fue feminista, pacifista y participó muy activamente en la Liga de las Naciones, antes de la Segunda Guerra. Después impulsó mucho la creación de Naciones Unidas. Incluso participó en 1955 en un famoso discurso como oradora principal, cuando se deciden las Naciones Unidas a celebrar el Día de los Derechos Humanos, junto con Dag Hammarskjöld, el Secretario General de las Naciones Unidas, que era hijo de uno de los suecos que la apoyaron en el Comité Nobel, de Hjalmar.

—¿Por qué en Chile deciden darle el Premio Nacional recién seis años después del Nobel?

—Habría que preguntárselo a los señores de la época, pero imagínate que a comienzos de los años 40 se publica una antología de poesía chilena y no aparece Gabriela. Ella tenía muchos amigos, pero más enemigos en Chile. Incluso le dice a su amiga ecuatoriana que la propone al presidente Aguirre Cerda: "Si tú me propones, te vas a generar nuevos enemigos que no te imaginas". Es bastante complejo. Además era bastante distante, por ejemplo, de las líderes feministas de la época, de los años 40. Les criticaba que eran elitistas. Discutía mucho también a las pedagogas de la época, entre otras, a la famosa Amanda Labarca. Era crítica de los sistemas pedagógicos que se usaban en Chile y en otras partes del mundo. Yo creo que ella era demasiado grande para el entorno que le tocó vivir, mediocre, chato, desinformado, provinciano hubiera dicho yo si es que no fuera de provincia.

José Goñi dice que aún hay mucho por descubrir de Gabriela Mistral, que ha sido una poeta poco estudiada.

—Ella escribió artículos. Su obra en prosa es mucho más numerosa que su obra poética, en términos de volumen. A más de la mitad de la obra de Gabriela recién se tuvo acceso en 2007 cuando, al morir Doris Dana, su sobrina encuentra en su casa como dos garajes llenos de la obra de Gabriela, y no sabe qué hacer con eso. Y duda entre donarlo a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, que es una de las más importantes del mundo, o donarla a Chile. Y viene a Chile y dona todo a la Biblioteca Nacional. Y ellos han hecho un trabajo, entre otros, con la dirección de Pedro Pablo Zegers, excepcional, fantástico, de catálogo, con miles de documentos. Pero hay mucho por descubrir, la mitad de su vida está ahí. S